

# Pivel: cuatro grandes décadas del Museo Histórico

Alfredo Traversoni

Toda nacionalidad que se precie de sí misma atesora las huellas de su pasado y las exhibe para conocimiento, ilustración y respeto de los ciudadanos del presente y el futuro. Esa es la base de la existencia de museos históricos; su contenido y la forma de poner los materiales en contacto con el observador y el estudioso, nos permite decir si se trata de muy buenos, mediocres o malos museos. Porque juntar materiales documentales no es amontonar desaprensivamente; es seleccionar, clasificar, jerarquizar, ordenar, cuidar contra el deterioro y exhibir según un plan didáctico que contribuya a la admiración o a la comprensión de lo que se observa. Es también formar un fondo de reserva que interese específicamente a los investigadores y contribuya a la reconstrucción de la Historia Nacional. Y salir de los límites físicos del museo proyectando su acción mediante publicaciones que recojan el contenido de esos y otros fondos documentales y de las investigaciones a que ellos han dado lugar.

Museo Histórico hubo teóricamente en el Uruguay desde 1838; pero de ahí arranca solamente su proceso de formación, con las dificultades propias de la organización administrativa, de la obtención de materiales y de la creación de un criterio museístico. En cuanto a la Revista Histórica, ella arranca en su primera época de 1907, en que naciera como Revista Histórica de la Universidad, y de 1910, en que fuera convertida en órgano del Archivo y Museo Histórico, por entonces funcionando como un único organismo.

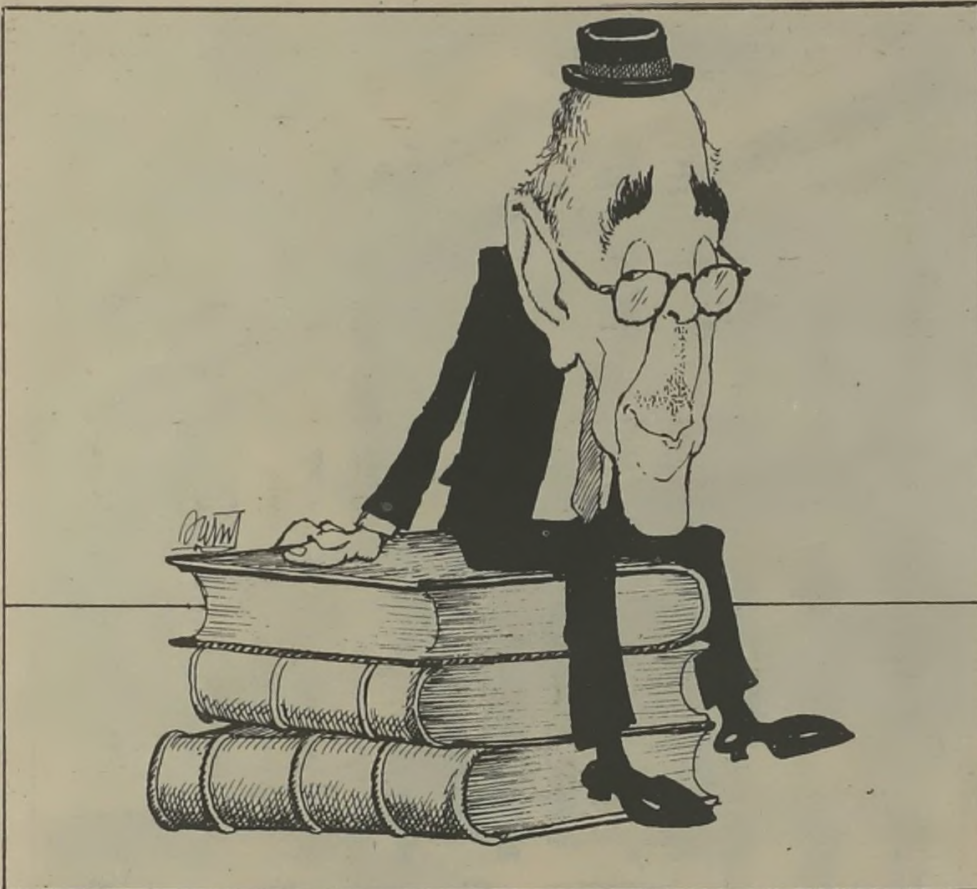
Estos esfuerzos, interesantes y sin duda valiosos para la época, pero meramente precursores, pertenecen a lo que bien podríamos llamar la Prehistoria del Museo.

La verdadera historia del Museo comienza en 1940 durante la presidencia de Baldomir, quien a requerimiento de los más caracterizados historiadores de la época (entre ellos don Eduardo Acevedo), designa director a Juan E. Pivel Devoto.

El Museo estaba instalado entonces en la esquina de Colonia y Minas, y cerrado por razones administrativas. La Revista Histórica no se publicaba desde 1926.

Su nuevo director no era un recién llegado en la investigación histórica y sólo un elevado juicio de valor sobre sus aptitudes y conocimientos podía llevar a que tan caracterizados ciudadanos requirieran su designación. Con temprana vocación por la investigación ya en 1930 estaba clasificando papeles como empleados del Archivo Militar primero y del Ministerio de Relaciones Exteriores después; de su trabajo surgirían la publicación de la Correspondencia militar del año 25 y los Materiales para el estudio de la Historia diplomática del Uruguay. También en 1930 se iniciaba, en el liceo privado "Gabriela Mistral", en otra de las grandes vocaciones de su vida: la docencia. Y agregaba a estas tareas las que cumplía como prosecretario del Instituto Histórico y Geográfico. Había iniciado con obras como "La Misión Herrera", "La Misión Muñoz" y "El Congreso Cisplatino" su importantísima contribución a la historiografía nacional, que se ampliaría en las décadas posteriores con obras tan valiosas como "La Historia de los partidos políticos en el Uruguay", "La Diplomacia de la patria vieja", "Historia de la República Oriental del Uruguay", "El Uruguay independiente", "Contribución a la historia económica y financiera del Uruguay", "Raíces coloniales de la revolución oriental", más numerosos y valiosísimos prólogos a colecciones documentales o reediciones de obras clásicas de la historiografía uruguaya.

La obra de Pivel en el Museo Histórico, hecha con fervor misional, con inteligente planificación y con indeclinable esfuerzo, condujo a cuatro décadas de crecimiento,



de las que resultó un conjunto museístico unitario y coordinado que enorgullece al Uruguay y que consta de ocho casas con más de 100 salas de exhibición y estudio.

**La Casa de Rivera**, abierta en 1942, es en sí misma una hermosa muestra de la vieja arquitectura nacional; pero es además un museo organizado funcionalmente en el cual se parte de una visión global de la historia uruguaya para visualizar después, en sus diversas salas, en forma particularizada, las distintas etapas del proceso histórico nacional.

**La Casa de Lavalleja**, abierta en 1943, dedica sus salas a la gesta de la Revolución Libertadora del año 1825.

**El Museo Romántico**, abierto en 1962, en una vieja casona propicia a las evocaciones, nos da una nostálgica y esclarecedora visión de las etapas recorridas por la sociabilidad uruguaya.

**La Casa de Garibaldi**, inaugurada en 1965, recuerda el doloroso y heroico período de la Guerra Grande.

**La Quinta de Herrera** (1966), nos acerca a los detalles íntimos y públicos de la vida del gran caudillo civil del Partido Nacional.

**La Quinta de Batlle** (1967), rescata para la historia el escenario donde se vivieron momentos muy recordados del gran estadista forjador del Uruguay del siglo XX.

**La Casa de Ximénez** (1974), atesora los recuerdos del período colonial.

**La Casa de Giró**, que ha quedado lista para ser inaugurada, posee los materiales constitutivos de una verdadera Historia de la Cultura Nacional.

Todas estas casas, cuya mención hemos apretado ante la tiranía del espacio, representan años de gestiones para obtener la donación de los herederos o la adquisición del inmueble por parte del Estado; años de trabajos de restauración arquitectónica, hechos con rigor técnico e histórico, mediante los servicios de asesores competentes; años de adquisición, clasificación y ordenamiento de las piezas documentales que allí son exhibidas.

Todos estos años de trabajo, que tuvieron en Pivel el más fervoroso y sapiente

realizador, son también años demostrativos del estilo democrático que se había impuesto en el país: un hombre de conocida militancia nacionalista, pero absolutamente objetivo y honesto en su labor funcional; y una sucesión de gobiernos, la mayor parte de ellos colorados y batllistas, desprovistos del negativo sectarismo y siempre sensibles y dispuestos a prestar cálido apoyo a la obra de este creador.

Creador en el más amplio sentido de la palabra; porque tuvo una visión total de la misión docente del museo y diversificó las tareas y las funciones de modo que ella fuera comprensiva de las más amplias manifestaciones del ser nacional. Así, se formó en las distintas casas una gran Hemeroteca, la primera del Río de la Plata; una extraordinaria biblioteca americana; una preciosa colección iconográfica; una colección musicológica (obra del desaparecido Lauro Ayestarán) que resca-

ta en más de 4.000 registros las más variadas muestras del folklore nacional, eso junto a las partituras de los más grandes músicos nacionales, y a las partituras de las colecciones familiares que reflejan el clima musical de cada época; una riquísima colección numismática (universal y nacional); y una colección de manuscritos que integra más de 4.000 volúmenes.

El Museo Histórico ha tenido sus puertas abiertas para toda clase de públicos. Desde los escolares, con visitas organizadas en horarios especiales y dirigidas por maestros especializados, hasta los investigadores que disponen de una sala de estudio en cada una de las casas.

Si todo esto no fuera ya demostrativo de una gran realización, tendríamos que referirnos a la proyección externa del Museo; a la Revista Histórica (llevada hasta el tomo 53), cuya segunda época (más de 40 tomos), siempre bajo la dirección de Pivel, ha enriquecido la bibliografía histórica nacional y americana con monografías, memorias, correspondencia diplomática y particular, y documentos diversos, todo ello de extraordinario valor. Aquí se ha hecho visible la seriedad de la labor investigadora de Pivel, que introdujo el rigor en la selección y en la cita de las fuentes, dando solidez a la relación de los hechos y a las tesis interpretativas, y siendo maestro formador de los principales historiadores de nuestro país. En realidad, tendríamos que decir que todos los que hemos hecho algo en Historia, tenemos una deuda de consejo y estímulo de parte de Pivel.

Ese Pivel que salió muchas veces del ámbito de su museo para llevar su conocimiento y asesoramiento a todas las comisiones en las cuales la ley impuso sabiamente en forma preceptiva su participación. Que está íntimamente vinculado a la realización de esa monumental obra que es el Archivo Artigas con sus 20 tomos ya publicados, de los 32 proyectados; o a la Colección de Clásicos Uruguayos, esfuerzo sin precedente que ha rescatado del olvido páginas de nuestra historia y de nuestra literatura, acercándolas generosamente a los lectores —en ediciones populares— con el acompañamiento de valiosos prólogos de los más calificados especialistas.

Cuando en la vida cultural del país, una persona, como en el caso de Pivel, llega a ser realmente una verdadera institución, no se la toca; se la respeta, se la ayuda, y se la exhibe orgullosamente ante propios y extraños. De otro modo, ya no es la persona la que se afecta, sino la cultura nacional la que se lesiona.

El gobierno no lo ha creído así. Ha proseguido su desdén hacia lo más calificado de nuestra cultura. Con la aplicación fría de la ley, y sin hacer uso de las excepciones que la misma ley establece, ha dispuesto su cese.

Y Pivel se ha alejado de la casa en la cual permaneció 42 años y de la cual no debió separarse nunca. Como no se separa efectivamente en la comprensión y en la memoria de sus compatriotas, porque su impresionante obra no puede ser borrada con una mala decisión administrativa.

## Con el Dr. Ramón Díaz

Parto de la base de que no hay ciencia religiosa, como no hay ciencia atea, concepto que debe extenderse a toda la órbita del conocimiento, para defender la tesis de la Universidad oficial, porque en ella se dieron antes y se darán en el futuro los supuestos imprescindibles de libertad de cátedra, neutralidad o laicismo y autonomía para asegurar la libertad de espíritu de quien enseña y de quien aprende.

Como, además, no creo que por el hecho de que algo esté permitido yo deba acatarlo sin examen (lo que es un fatalismo antiliberal) he salido a defender esa tesis. No para pretender imponerla, sino para tratar de convencer, lo que es una misión grata a los liberales.

No me parecen felices las expresiones del Dr. Díaz en su réplica —"Búsquedala", 26 de julio— relacionadas con las Universidades de Cuba y Haití. Plen-

so como liberal uruguayo y me apoyo en nuestras grandes tradiciones culturales y en las ideas de algunos uruguayos eminentes, como Vaz Ferreira y Dardo Regules.

En todo lo que se refiere a la llamada libertad económica que menciona el Dr. Díaz, es claro que no comparto su tesis. En primer término, porque no creo en la existencia real de la libertad que él invoca. Y en segundo lugar porque si debo optar, lo hago por la máxima libertad de la Nación, que es su soberanía.

Cuando se objetan frontalmente mis razones, pero las puedo rebatir, no me siento airado, como supone el Dr. Díaz, porque ello sería contrario a mis hábitos liberales. Lo que no acepto es que se desfigure mi pensamiento sin conocerlo.

LUIS HIERRO GAMBARELLA